

La Voz de Valdepeñas

SEMANARIO CATÓLICO

DIRECTOR, DON EUSEBIO YASCO

SE PUBLICA LOS SÁBADOS

Año IV.

Núm. suelto 5 cénts.
25 núms. 75 cénts.

Valdepeñas 26 de Agosto de 1893

Trimestre 1 peseta
Un año 4 pesetas

Núm. 192.

El secreto de la enseñanza

LAICA

El objeto de la Revolución es para y simplemente la descristianización del mundo y la proclamación en él del falso derecho del hombre rebelde, en sustitución del derecho verdadero de la autoridad de Dios. Por esto, todo lo que hasta hoy se ha visto en el mundo con el nombre de Revolución, no han sido, si bien se mira, más que las avanzadas de ella, los tiroteos y escaramuzas que preceden al combate definitivo. Lo que se ha realizado y se va realizando en el terreno de los sistemas políticos; las transacciones y fórmulas conciliatorias que se han discurrido para ir sosteniendo, por un día al menos, cierta aparente paz; las reformas económico-sociales con que se amenaza al rico; los ideales utópicos con que se halaga al pobre; las mil y una triquiñuelas legislativas con que se quiere tener amordazada a la Iglesia; todo eso no son más que preparativos para el último tremendo abordaje. Día vendrá, y será muy presto, ¡ojalá fuese hoy! en que no habrá más que dos términos en el problema, dos banderas en el campo de batalla. El ateísmo franco, que al fin por todos se llamará así; y el Catolicismo entero, que por todos será con este nombre reconocido.

Entre tanto que esto no llega, es inevitable cierta confusión: el enemigo viste á veces nuestro propio traje y adopta nuestras mismas divisas para lograr de flanco lo que aun no podría de frente; se contenta con ataques parciales, pero que, con todo y ser parciales, cada día se van más á la raíz. Ahí va bien; el combate de hoy es el de la enseñanza.

Atended una observación.

La Revolución, hasta hace poco para hacer un ateo tuvo que deshacer antes un buen ó mal católico, porque no habiendo en el mundo más que buenos ó malos católicos, claro está que de ninguna otra cosa podía echar mano para formarse prosélitos. Hacer de un católico, sobre todo de un mal católico, un ateo, no parece cosa difícil á primera vista. ¡Son tantas las pendientes vergonzosas por donde se puede ir de la fe á la incredulidad! ¡Son tantos los atractivos del mundo, demonio y carne (ésta última sobre todo), que le hacen suave y resbaladizo al hombre el camino de la duda y de la negación! ¡Es tan seductora la libertad! ¡Es tan bella la ancha vida! ¡Es tan irreflexiva la juventud! ¡Ejer-

ce tan despótico ascendiente la moda!

Sucedía, empero, que un ateo hecho de esta manera rara vez llegaba á ser ateo de veras. Parecía casi siempre á primera vista, pero la antigua levadura católica permanecía más ó menos en el fondo de su corazón. El ateo de tal suerte construido blasfemaba, sí, como un demonio, maldecía al cielo, asesinaba frailes y saqueaba conventos, derramaba veneno con su lengua ó con su pluma, era, en una palabra, lo que hemos visto en muchos de nuestros desdichados hermanos, bautizados como nosotros, que sin embargo han sido el azote de su fe y de su patria desde el principio de este siglo acá. Más que ateos, eran malos católicos al servicio del ateísmo. Así que, á lo mejor, ó por el mayor sosiego de la edad, ó por un repentino desengaño, ó por la voz fervorosa de un misionero, ó por cualquier otro de los medios que tiene la divina gracia á su disposición, nuestro fiero revolucionario acordábase, sin saber cómo, de su primitivo ser de católico; despertábase en él de súbito la fé largos años alestargada, volvían á sus labios las oraciones de la niñez por tanto tiempo olvidadas, confesábase y envejecía y moría tal vez como un santo el que durante la mayor parte de su vida no fué sino un verdadero instrumento y satélite de Satanás.

Cada día estamos recogiendo en el confesionario y en el lecho de muerte los últimos restos de esta generación criminal, sí, pero más aún que criminal, seducida; cada día rezobra Dios muchos de esos prófugos infelices, que con lágrimas en los ojos tornan al paterno hogar.

Por donde claramente se ve que el trabajo revolucionario no produce así resultados más que á medias. Primero, porque nunca podía ser verdadera revolución una revolución que en el fondo no era hecha ni sostenida más que por católicos-revolucionarios no lo eran por lo común toda la vida, y al fin de ella salvaban muchos sus almas y procuraban reparar los males causados, con buenos ejemplos, ó aun con buenos escritos tal vez.

No, el anhelo de la Revolución había de ser y era y es hoy tener revolucionarios hechos *al hoc*: revolucionarios francamente tales ó sea francamente ateos; revolucionarios sin lastre católico de ninguna clase que templase su fuerza ó paralizase su acción; revolucionarios con la menor probabilidad posible de dejar de serlo; revolucionarios, no hechos de un católico deshecho ó pervertido, sino he-

chos *á priori*, hechos tales al nacer al mundo, ó por lo menos al nacer á la vida intelectual. Sólo estos serían revolucionarios sin resabio alguno de clericalismo, con todo el vigor de su savia nativa, con toda la virginidad de su temple infernal.

Para eso era indispensable tomar al hombre, no ya desde joven, sino desde niño; no desde la edad de las pasiones sino desde la edad de la educación; no irle á buscar precisamente al taller ó á la universidad para conducirlo al club, sino ir como á tomarle del regazo de su madre para conducirlo á una escuela especial. Esta escuela especial preparatoria para el club, es la escuela laica; escuela atea, dirígila por maestros ateos para sacar discípulos ateos que tales, según dicen por ahí, conviene que sean los ciudadanos todos del porvenir.

Hé aquí la escuela laica. Lo que allí se hace es lo siguiente, con lo cual se le acabará de ver la satánica intención.

En primer lugar se procura que el maestro sea hombre sin Religión. Naturalmente, para formar discípulos ateos, lo procedente es ponerles por de pronto á la vista el ejemplo práctico de una vida atea. Conviene que los niños vean desde tierna edad que su maestro, del cual siempre tienen los niños un concepto superior, no oye Misa, ni entra en la iglesia, ni respeta al sacerdote, ni saluda al Crucifijo, ni vive casado en regla con su mujer, ni envía á bautizar á sus hijos, ni reza en casa, ni tiene en ella cuadros ó libros de Santos, ni dá, en una palabra, señal alguna, chica ni grande, de tener creencias. Eso naturalmente lo ven á todas las horas los chicos y saben además de pío á pío toda la historia del personaje, y beben de esta suerte en él las primeras lecciones de incredulidad práctica, que han de hacer de ellos en lo futuro hombres sin Dios, sin ley y sin fe.

En segundo lugar se hace que los textos ó libros que se ponen en manos de las tiernas criaturas estén saturados de esta misma incredulidad que lentamente ha de envenenarlas y corromperlas. Nada de Dios criador de cielos y tierra; nada de alma espiritual é inmortal; nada de premios y castigos en la vida futura; nada de Jesucristo y de Iglesia católica; nada de Catecismo y de Sacramentos; nada en suma, de conceptos de Religión, siquiera de la más rudimentaria y trivial. Se quiere que el hombre empiece á vivir como potro en la dehesa, sin freno de clase alguna, con solos los principios de una falsa honradez natu-

ral que le baste para no ir á la horca ó al presidio. Esta es la educación del ciudadano *libre*, ¡y tan libre, válganos Dios! ¡Ya se le irán viendo, al tal potro libre los saltos y cabriolas que se permitirá con tal libertad.

En tercer lugar, ni aun como asignatura de enseñanza, se le impondrá al niño el estudio de su Religión. De suerte que el niño podrá saber por la geografía é historia la mitología pagana, ó los ritos de la superstición celta, india ó del Japon; pero nada de la verdadera Religión de su patria y de sus padres, porque ésta en tal escuela es considerada como peligroso contrabando.

Empero, que tales maestros no enseñasen Religión menos mal fuera; aunque por eso sería gravísimo mal; pero lo peor del caso es que la enseñanza á sus discípulos falsificada, embrutecida, para que desde niños la empuen á aborrecer. Que el Papa es un malvado tirano; que el clero es una casta explotadora y corrompida; que los conventos son focos de maldades; que las iglesias son guaridas de ladrones é hipócritas; que el *Syllabus* es el código de la reacción; que las ideas religiosas son todas ignorancias y atraso; que el catecismo envilece y embrutece; que el monstruo de los tiempos presentes es lo que se llama jesuitismo. Todo eso les enseñará el laico en su escuela, porque todo eso es lo que predica semanalmente en los periódicos escandalosos que salen de ella.

Digásenos ahora con toda imparcialidad. ¿Qué padre ó madre de buen juicio pueden tolerar para sus hijos ó hijas tan perversa educación?

—Alto ahí, sale muy altanero el maestro laico; enseñar no es educar. Y en la escuela se debe dar sólo la enseñanza; en la familia la educación. —Pasemos por alto la primera falsedad, esto es, la de que la escuela no deba ser á la vez casa de instrucción y de educación; pasemos por alto ésta que es grosera mentira, porque en todos los siglos y en todos los países los maestros de enseñanza primaria han entendido que debían, no solo enseñar sino educar, porque realmente en el niño estas cosas son inseparables. Decidme: si en la escuela daís una instrucción mala, ¿es posible que el niño alquiere con sola la familia una educación buena? La instrucción versa sobre las ideas, la educación principalmente sobre los sentimientos y costumbres; pero da la casualidad que no puede haber sentimientos buenos y costumbres buenas, si previamente se tienen ideas malas. Niño con perversa instrucción es moral-